EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL DIABLO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR N, 9.
1861.

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de losaños mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobelza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.

La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoría
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y María.

EL DIABLO.

EL DIABLO.

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO DEL FRANCÉS

POR

DON ALEJANDRO RINCHAN.

Representado por primera vez en el teatro de Novedades en Febrero de 1861.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAS.	ACTORES.
LA MARQUESA APPIANI	Sra. Martinez.
MARGARITA	Cairon.
EL CONDE DE SAN GERMAN	Sr. Coria.
MARCELO, diamantista	Abad.
GUSTAVO, oficiales de diamantista	Boldum.
JULIAN, oficiales de diamantista	Benedí.
BERNARDO, oficiales de diamantista	Delgado.
DURAND, oficiales de diamantista	Galvan.
PIETRI, mayordomo de la Marquesa	Llorens.
EL COMENDADOR	Hernandez.
EL CABALLERO DE VAUDRAY	Dominguez.
EL BARON DE ORNAY	Zaragozano.
UN CALABOCERO DE LA BASTILLA	Detrell.
DUBOIS, lacayo de la Marquesa	Móstoles.
UN SARGENTO DE POLICIA	Mur.

Damas y caballeros, agentes de policia, criados y gente del pueblo.

La escena en Paris, á mediados del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Tienda y taller de diamantista. En el fondo la portada de la tienda, y á ambos lados los talleres. En el segundo término de la derecha una puerta que conduce al portal de la casa. Otra en el primer término de la izquierda, que comunica á las habitaciones interiores. Un mostrador paralelo al lienzo de la izquierda, en el cual estará la anaquelería ó escaparate.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, BERNARDO, DURAND y luego GUSTAVO. Al levantarse el telon, aparecen los tres trabajando. Cada uno tiene delante de sí un ramo de flores.

JUL. ¡Eh! Ya está el collar. Temí que se me echara la noche encima antes de concluir.

BERN. Lo hubieras merecido por ambicioso.

JUL. ¿Ambicioso yo?

BERN. Ya se vé: has querido encargarte tú solo y en tan corto plazo de una obra tan delicada y entretenida...

JUL. ¡Cómo se conoce que no sabes lo que cuestan los médicos y la botica! Me ofendes suponiendo que sea la codicia la que me trae mas afanoso y atareado que de costumbre.

DUR. No le hagas caso: quiere embromarte.

BERN. No, de veras. Si al menos se hubiera hecho ayudar por Gustavo...

DUR. ¡Já, já, já! No hay duda que es un buen refuerzo...

cuando se trata de destripar botellas; mas en tocando á trabajar... ¿Dónde diablos andará, que en todo el santo dia se le ha visto el pelo?

GUST. (Entrando por la puerta de la derecha.) Buenas tardes, muchachos.

BERN. En nombrando al ruin de Roma...

GUST. ¿Cómo ruin?...—¡Ah! á propósito. ¿Vosotros buenos, eh? Yo tambien. (Se sienta sobre el mostrador.)

JUL. ¿De dónde sales á estas horas?

GUST. ¿De dónde?—De la Bastilla. (Con enfática gravedad.)

TODOS. ¡Bah!

JUL. ¿Has estado?...

GUST. Almorzando con el conserje de aquel interesante establecimiento.

TODOS. ¡Já, já, já!

GUST. Bueno es tener amigos aun en la cárcel. ¡Oh, y lo que es este, vale un Perú! Me ha ofrecido un empleo.

TODOS. ¿Un empleo?

GUST. Muchito. Nada menos que una plaza de calabocero que que ha vacado esta mañana. Pero yo necesito el aire libre: prefiero trabajar en vuestra compañia.

BERN. ¡Bien se conoce, holgazan!

GUST. ¡Holgazan! No me lo llamaras si supieses el tragin que traigo desde esta mañana.

DUR. ¿Pues qué has hecho?

GUST. En primer lugar me he levantado á las nueve y he salido á una diligencia que me habia sido encomendada por Marcelo. Á la vuelta me encontré con mi amigo Lapierre, ya sabeis... aquel agente de policia... Me convidó á almorzar; y como no debe uno malquistarse con esa gente, acepté sin cumplidos: entramos, pues, en el bodegon mas próximo, donde engullimos y sorbimos de lo lindo. Luego tuve que acompañar á Lapierre, que iba á ponerse á las órdenes de su nuevo sargento. ¡Qué casualidad! Me hallé con que el tal era mi amigo Robert, quien se empeñó en que habia de realmorzar con él. ¿Cómo rehusarlo? Mas de dos horas me entretuvo esta segunda refaccion, y creo que aun estaria escuchando vaso en mano las proezas de mi heróico anfitrion, á no haberme recordado el reloj de la Magdalena que estaba citado á la una para la inauguracion del suntuoso almacen de vinos y licores que ha

abierto en la calle de la Arcada mi amigo Frontignan. ¡Caramba y cómo nos ha obsequiado! Á eso de las tres, sintiendo la necesidad de dar un paseo, me dirigí á la Bastilla y... ya sabeis lo demas.

BERN. ¿Con que en resumidas cuentas has empleado todo el dia en almorzar?

GUST. ¡Cuatro veces! ¿Te parece poco?

DUR. Pues si empleas la noche del mismo modo...

GUST. ¡Oh! la noche... es diferente. De noche no se almuerza: se come. (Saca del bolsillo un zoquete de pan y una loncha de jamon y se pone á comer.)

DUR. Ó se cena.

GUST. Despues.

BERN. ¡Gloton!

GUST. ¡Caramba! Algo ha de hacer uno para recuperar las fuerzas perdidas.

JUL. Tiene razon. El pobre Gustavo apenas probó bocado durante los tres dias que pasamos sin saber del maestro, y siempre corriendo, buscándole por todas partes.

DUR. Cierto que en esta ocasion le ha demostrado un cariño...

GUST. Muy natural. ¿No es mi hermano de leche? ¡Y tan bueno para mí... tan indulgente! Me estremezco al pensar que hemos estado á pique de perderle.

JUL. Pues ¿y la señorita? ¡Qué ratos ha pasado!

GUST. ¡Pobre ciega! ¡No habia medio de consolarla! Empeñada en que habia de salir ella tambien á buscarle, diciendo que su corazon la guiaria adonde él estuviese.

DUR. Pero, dinos: tú debes estar enterado...

GUST. De todo. Como que me lo ha referido el mismo Marcelo. Figuraos un coche desbocado.... digo, los caballos: y una señora asomada al ventanillo, lanzando ayes y gemidos desgarradores. Viéndola en tal peligro, Marcelo se arroja á las bridas y logra sujetar á aquel par de fieras, pero la lanza del carruaje le sacude tan recio golpe en medio del pecho, que al apearse la dama sin lesion alguna, aunque muy asustada, vé á su salvador tendido en el arroyo. Manda ella al momento que le coloquen en el coche y se le lleva á su palacio, donde parece que le ha cuidado con el mayor esmero.

JUL. ¡Ah! ¡Buen maestro! ¡Qué valor!

DUR. ¡Qué generosidad!

GUST. ¡Oh! ¡Es que tiene un corazon!.. Ello hay que confesar que la ilustre dama se ha portado tambien. ¡Y luego, hemos adquirido una excelente parroquiana! Digo: me parece que el primer encargo... ¡Un aderezo de tres mil luises!...

ESCENA II.

DICHOS, MARCELO y luego MARGARITA. (Vá anocheciendo gradualmente.)

MARC. ¿Acabasteis ya el aderezo, Julian? (Saliendo por la puerta izquierda.)

JUL. Colocándolo estaba en el estuche. Mirad, señor maestro.

MARC. Muy bien: sois un excelente oficial.—Vuestra hermana ha sufrido una larga y penosa enfermedad que habrá agotado vuestros ahorrillos.—Tomad. (Dándole un bolsillo.)

JUL. Pero, maestro... (Titubeando.)

MARC. Tomadlo sin escrúpulo. No es una limosna sino la recompensa del trabajo y de la honradez.

TODOS. ¡Viva el maestro!

GUST. ¡Viva mi hermano de leche!

MARC. Dejad ahora la tarea, que ya vá siendo hora de comer.

GUST. ¡Santa palabra! Ya mi estómago se iba insurreccionando.

MARC. Volvereis luego á recoger y cerrar. Esta noche no se vela, pues son los dias de Margarita.

BERN. No lo habiamos olvidado, maestro.—Tened la bondad de ofrecerle en nuestro nombre... (Le presentan los tres sus ramos.)

MARC. (Mostrándoles á Margarita, que aparece en la puerta izquierda.) Podeis hacerlo directamente.—¡Margarita!..

MARG. No: no os movais. Si ya os veo...—Mi corazon suple el defecto de mis ojos. (Llega hasta él y le coge la mano.)

MARC. ¡Margarita! (En tono de reconvencion.)

MARG. No; si no me quejo.

BERN. Señorita... (Adelantándose con el ramo.)

GUST. ¡Eh! poco á poco... á mí me corresponde...

BERN. ¿Si? ¿Pues dónde tienes?.. (Mostrándole su ramo.)

GUST. Míralo. (Quitando el suyo á Durand.)

DUR. Eso no: No consiento...

MARG. ¿Pero qué sucede? ¿Qué altercado es este?

MARC. Que nuestros buenos amigos se han acordado de que es hoy tu natalicio y quieren felicitártele ofreciéndote ca-

da uno su ramo.—Hélos aquí todos. (Se los entrega reunidos.)

MARG. ¡Oh! ¡Gracias por el recuerdo, amigos mios!—¡Qué hermosas deben ser las flores!

MARC. ¿Otra vez?..

MARG. Ya os he dicho que no me quejo. Lo mas apreciable de las flores es su perfume, y de él puede disfrutar la ciega como todo el mundo. Por lo tanto haria mal en quejarme y... (Suspirando.) no me quejo.—¡Gustavo!

GUST. ¿Señorita?

MARG. ¿Quereis ponerlas en un jarro con agua y colocarlas en mi cuarto?

GUST. En seguida. (Váse con los ramos por la puerta izquierda.)

MARC. Con que... á comer, hijos, y hasta luego.

TODOS. Hasta luego, maestro. Adios, señorita. (Vánse por la puerta derecha.)

MARG. Adios, amigos mios. (Se sienta junto al mostrador.)

ESCENA III.

MARCELO, MARGARITA y luego DUBOIS.

MARC. ¡Margarita! Me habias prometido desechar esos tristes pensamientos. Si Dios te ha privado de la vista, ¿no te ha concedido en cambio un seguro guia, un amigo verdadero que te ama y muy pronto será tu esposo?

MARG. ¿Y puedo yo acaso aspirar á tanta felicidad? Decidme, Marcelo, es hermosa, muy hermosa esa dama, ¿no es cierto?

MARC. ¡Margarita!

MARG. ¡Oh! perdonadme... pero ya se vé... ella es una gran señora, y yo... yo no soy mas que una pobre muchacha. La habeis salvado, y ella os ha tenido tres dias en su casa. ¡Tres dias!—¡Oh, cuántas lágrimas, cuántas oraciones!...—Ella os ha visto bueno, generoso, valiente... y debe amaros.

MARC. ¡Qué locura!

MARG. No: el corazon tiene presentimientos, y los mios no me engañan. ¡Marcelo! Esa mujer os ama.

MARC. ¿Y qué me importa á mí, si tú sola eres el objeto de toda mi afeccion? Una palabra, una sola, y dentro de ocho dias eres mi esposa.

MARG. (Con gozo inefable.) ¡Yo vuestra mujer!

MARC. ¿Consientes?

MARG. ¡Oh! no. ¡Jamás!

MARC. ¡Jamás! ¿Y por qué?

MARG. Porque no debo pagar los beneficios de vuestro padre que me recogió espirante y amparó mi horfandad, encadenando la existencia de su hijo á la mísera existencia de una ciega. Nunca, Marcelo; nunca seré vuestra esposa. (Llora amargamente.)

MARC. Pero olvidas que mi buen padre enlazó nuestras manos á la hora de su muerte, y dándonos su bendicion, nos dijo: «¡Marcelo! serás su esposo. ¡Margarita, hija mia! serás su mujer.» ¿Lo has olvidado? dí. ¿Te negarás á ratificar ante los hombres la union consagrada ante Dios por un moribundo?

MARG. ¡Marcelo! ¿Será cierto que me amais?

MARC. ¿Y me lo preguntas? Si, te amo desde el momento en que te oí pronunciar mi nombre por primera vez... Te amo desde el dia en que tu manita infantil estrechó la mia. Solo, como tú, en el mundo, he concentrado en tí cuanto amor y ternura caben en mi pecho, todas las afecciones de mi alma. Y cuando me llego á tí, me rechazas y me preguntas si te amo. ¡Ay, Margarita! Quisiera que por un momento se abriesen tus ojos á la luz y vieses las lágrimas que inundan los mios. ¡Ellas te dirian si te amo!

MARG. ¡Oh! si, me amais. Esas lágrimas que no me es dado ver en vuestros ojos, las siento en vuestra voz... Me amais, Marcelo, y yo dudaba... Perdonadme... Tenia celos, porque... porque yo tambien te amo con todo mi corazon.

MARC. ¡Ah, gracias, Margarita, gracias!

MARG. Guarden esas grandes señoras su amor para los duques y los príncipes: déjenme el único que ambiciona la pobre ciega; mi único tesoro.—Ó si no que vean de arrebatármelo: que vengan si á tanto se atreven á arrancarte de mis brazos.

DUB. (Abriendo la puerta del foro.) La señora Marquesa Appiani desea hablar al señor Blummer.

MARG. (¡Oh, Dios!) (Pasa detrás del mostrador.)

MARC. Decid á su excelencia que estoy á sus órdenes.—(Desde la puerta izquierda.) ¡Gustavo! Pronto, una luz.

ESCENA IV.

DICHOS, la MARQUESA, GUSTAVO y luego JULIAN, BERNARDO y DURAND.

MARG. (¡Extraña coincidencia!)
MARQ. Salud á mi generoso libertador.
MARC. ¡Señora!...
GUST. (Entra con una luz y pasando detras del mostrador, la coloca sobre el mismo, y queda absorto contemplando á Dubois.) (¡Buena estampa!)
MARQ. Vengo á ver si está ya mi aderezo.
MARC. Aqui lo teneis. (Le entrega el estuche.)
GUST. (¡Lindo traje! ¡Y qué azul tan rabioso!) (Habla bajo con Margarita, mirando siempre á Dubois.)
MARQ. Muy bien: es de mucho gusto y quiero estrenarlo en el baile que doy esta noche. Llevádmelo antes de las diez con la nota de su importe.
MARC. Dejad eso para otro dia. Vuestro lacayo puede encargarse... (En ademan de entregar el estuche á Dubois.)
MARQ. No, no; deseo que me lo lleveis vos mismo. ¿Me entendeis?
MARC. Está bien.
MARG. (¡Quiere hablarle!)
MARQ. Con que... ¿No faltareis, eh?
MARC. Descuidad. (Vá á guardar el estuche en el escaparate.)
MARQ. ¡Ah! No habia reparado... ¿Quién es esa jóven?
MARC. Es mi novia, señora.
MARQ. ¡Ah!
MARG. (¡Gracias, Marcelo!)
MARC. Nos amamos desde la niñez. Hemos compartido siempre nuestras penas y alegrias, pues nunca nos hemos separado, y en breve nos unirán lazos eternos.
MARG. (¡Debe estar de nudada!—Gustavo, ¿qué color tiene el semblante de la Marquesa?)
GUST. (Azul turquí.—¡Uy! digo... pálido, muy pálido.)
MARQ. Os doy á entrambos mi parabien. Señorita, debo la vida á vuestro futuro esposo, lo cual me inspira el mayor interés hácia él.
MARG. (Alargando una mano á la Marquesa, quien se la estrecha en las suyas.) ¡Señora Marquesa!... (¡Cómo tiembla!)

MARQ. (Esa mirada...)—Decidme: ¿os gusta mi aderezo? ¿lo habeis visto?

MARG. ¡Ay, señora! Soy ciega.

MARQ. (Con gozo reconcentrado.) (¡Ah!) ¡Qué lástima!

MARG. Con todo no soy tan desgraciada, pues veo con los ojos de Marcelo.

MARQ. ¿Y cuándo es la boda?

MARC. Dentro de ocho dias.

MARQ. (Eso lo veremos.) (Á Margarita.) Tendreis antes un recuerdo mio.

MARG. ¡Tanta bondad!

MARQ. Adios, querida. Marcelo, hasta luego. Antes de las diez. (Váse con Dubois.)

MARC. (Acompañándola hasta la puerta del foro.) Seré puntual.

GUST. Andad con Dios, señor guacamayo.

MARG. ¿Ireis á su casa, Marcelo?

MARC. Ya ves... Sin embargo haré lo que tú decidas.

MARG. Id pues, mas no tardeis en volver: no sosegaré entre tanto. (Entran por la puerta del foro Julian, Bernardo y Durand.)

DUR. Ya estamos de vuelta, señor maestro.

MARC. Pues á arreglar cada cosa en su sitio y cerrad con cuidado. En seguida podeis retiraros. Vaya, buenas noches. (Yéndose con Margarita por la puerta izquierda.)

TODOS. Buenas noches, maestro: buenas noches, señorita.

MARG. Buenas noches, amigos mios.

ESCENA V.

GUSTAVO, BERNARDO, JULIAN, DURAND y luego SAN GERMAN. Durante el diálogo siguiente unos arreglan las herramientas de los talleres, y los otros cierran las maderas por la parte exterior de la portada, dejando entornada solamente la puerta del centro.

GUST. Vamos pronto, que yo no he comido todavia.

BERN. ¡Pobrecillo!

DUR. Cuidado no te desmayes.

UNA VOZ. (Fuera.) ¿Quién me compra la cancion del Diablo, que acaba de salir ahora? En la que se manifiestan las proezas, sortilegios y milagros del conde de San German.

BERN. (Desde la puerta.) Calla, embustero.

DUR. ¿Qué paparrucha es esa?
GUST. ¿Paparrucha, eh?
DUR. ¿Pues qué ha de ser?
JUL. Sin embargo, no se habla mas que de él en todo Paris.
GUST. Como que rejuvenece á las viejas y resucita á los muertos.
TODOS. ¡Já, já, já!
GUST. No, no lo tomeis á risa. De veras: es un hombre extraordinario. (Agrupándolos en torno suyo.) Figuraos que ha conocido á Enrique cuarto, á Francisco primero, á Juana de Arco y aun al mismo Carlo-Magno, y dá pelos y señales de todos ellos.
DUR. ¡Bah!
GUST. Como que tiene mas años que Matusalem. Lo ha visto todo, lo sabe todo. Solo con su mirada le deja á uno mas dormido que un liron... y le hace hablar en latin y en griego aunque sepa menos que un canónigo... y le hace explicar las enfermedades mejor que los médicos de cámara. Él tiene remedios para todos los males... él juega con los tigres y leones como yo con un gato de Angola... En fin... es el diablo.
BERN. ¿Y le has visto tú?
GUST. ¡Dios me libre! Pero me han asegurado que es muy negro y que tiene cuernos.
TODOS. ¡Qué miedo!
GUST. Muy pequeñitos, eso sí: tanto que no se le conocen; pero los tiene. Lo cual no le impide, sin embargo, presentarse en los bailes y sociedades.
DUR. ¡Calla, pues es un diablo divertido!
GUST. Menos cuando está solo, que dicen que llora como una Magdalena. (San German entra sigilosamente por la puerta del fondo y se recata en el fondo.)
BERN. ¿Tambien sentimental?
JUL. Lo que me extraña es cómo hay quién le convide.
GUST. ¿Convidarle, eh? Como que él lo necesita. (Echando el cerrojo y las barras á la puerta del fondo.) Si penetra cuando quiere á través de las paredes mas gruesas. Si le diera la gana, ahora mismo se nos presentaba y nos decia...
GERM. El señor Marcelo Blummer ¿está en casa?
GUST. (Sobresaltado.) ¿Eh?... Sí... sí, señor.
GERM. ¿Puedo hablarle?

Gust. Sin duda... Voy á llamarle. (Desde la puerta de la izquierda.) Marcelo! un caballero pregunta por tí.

Germ. Gracias, señor Gustavo.

Gust. (¡Diablo, me conoce!)

ESCENA VI.

DICHOS y MARCELO.

Marc. ¿En qué puedo serviros, caballero? (Hace á todos seña de que se retiren.)

Germ. No, no es menester. Estos buenos muchachos pueden oir lo que tengo que deciros. Los conozco.

Todos. (¡Á nosotros!)

Germ. Podeis quedaros, Durand; quedaos, Bernardo, y vos tambien, Julian: ya no teneis que velar á la cabecera de vuestra hermana. (Sorpresa general.) Sé que os aman, señor Marcelo, y como espero poderos dar una buena noticia, es justo que participen de ella.

Marc. ¿Puedo saber, caballero, á quién tengo el honor...

Germ. Soy... el doctor David.—Hace ya diez y ocho años que, al entrar una noche en su casa, vuestro padre Jorge Blummer halló en el portal á una niña recien nacida, herida en un brazo.

Marc. ¡Señor doctor!

Germ. Dejadme continuar. Pendia del cuello de la niña un medallon, en el cual se encerraba un escrito...

Marc. Cuyo contenido solo Dios, mi padre y yo hemos sabido.

Germ. Hélo aqui. «Esta niña ha recibido el nombre de Margarita en la pila bautismal. Quien quiera que seais, dad sepultura cristiana á su cadáver.»

Marc. ¡Ah, caballero! ¿Venis á arrebatármela para devolverla á su madre?

Germ. ¿Á su madre? ¡Jamás!—Perdonadme este arrebato involuntario, y tranquilizaos, que no intento separaros de Margarita. Sé que la amais con la santa afeccion que inspira una alma pura á otra alma pura, y ella será vuestra esposa, os lo juro. He querido daros todos estos detalles para probaros que soy acreedor á vuestra confianza, á la cual vá á apelar el doctor David.

Marc. Hablad, pues, doctor: ya os escucho.

Germ. Hé aqui el objeto de mi visita. ¿Margarita es ciega?

MARC. ¡Ay, sí, señor!
GERM. La ciencia se ha declarado impotente para devolverle la vista, y yo... quizás pueda lograrlo.
MARC. ¿Será cierto?
GERM. He dicho quizás, señor Marcelo. Necesito examinarla antes de asegurar...
MARC. ¡Margarita, Margarita! (Corriendo á la puerta de la izquierda.)
GERM. (¡Excelente corazon!)

ESCENA VII.

DICHOS y MARGARITA.

MARG. ¿Qué me quereis, Marcelo?
MARC. Un extranjero, un amigo que la Providencia nos envia... (Sigue hablándola quedo y los obreros se retiran.)
GERM. (¡Omnipotente Dios! Vuestra eternal justicia, de que tantas veces blasfemé, hizo llegar por fin el dia que ansioso esperaba. ¡Gracias, señor! ¡Gracias y perdon, Dios mio!)
MARC. Señor doctor... os está esperando.
GERM. (Cogiéndole las manos y observándole los ojos.) ¡Margarita!...
MARG. ¡Ah, señor! ¿Qué he hecho yo para que asi os intereseis por la pobre huérfana?
GERM. Habeis sufrido... y yo tambien he sufrido.
MARG. Decidme, por piedad, habeis conocido á mi madre?
GERM. Si, conozco á todo el mundo. (Sorpresa general.)
MARG. ¿Y bien?...
GERM. (Con frialdad.) Ha muerto.
MARG. ¡Madre mia!—¿Y mi padre?
GERM. Desterrado.
MARG. ¡Infeliz! ¿Pensará mucho en mí, no es cierto? ¡Ah, si yo lograse verle! ¿Y vos podriais?...
GERM. Todo lo puedo. (Mayor sorpresa.)
MARG. (Animándose gradualmente) ¿Con que podré verle? ¡verle junto á mí!... porque vendrá, ¿verdad? ¡Podré presentarle á Marcelo, y él bendecirá nuestra union!... ¡Ay, cuánto he rezado á la Vírgen por él!... Y cuando menos lo esperaba... Pero es imposible... ¡Oh, Dios mio, seria demasiada felicidad!
GERM. (¡Ah, esa animacion!...) Si, Margarita, bendecid á

Dios, pues yo os prometo que vereis el sol, y el cielo... y la imágen de Maria, ante la cual pedisteis por vuestro padre.

MARG. ¡Oh, Dios mio! (Arrodillándose con fervor.)

MARC. ¡Caballero! Por vuestra salvacion... ¿Es cierto lo que acabais de decir?

GERM. Lo que he dicho es la verdad.

MARC. Siendo asi, mi fortuna, mi vida... cuanto poseo es vuestro. Disponed de mí. (Levanta á Margarita.)

GUST. (Adelantándose.) Y de mí: pues. Me pareceis un hombre honrado... desde este momento soy vuestro en cuerpo y alma. Seré vuestro amigo... vuestro perro... lo que querais. Contad conmigo en todo y para todo: á vida y á muerte. (Le tiende la mano.)

GERM. (Estrechándosela.) Gracias, Gustavo: ¿Y quién sabe?.. Quizá algun dia...

GUST. ¡Toma! No hay grande sin pequeño.

GERM. Señor Marcelo: habeis amado á la huérfana por los que, debiendo amarla, la rechazaron: ahora me teneis ya á vuestro lado para terminar la obra. Adios, amigos mios: buen ánimo y venid á verme mañana. Aqui teneis las señas. (Entrega una tarjeta á Marcelo.)

MARC. (Acompañándole á la puerta derecha.) Dios os guarde. ¿Preguntaremos por el doctor David?

GERM. No: Preguntad... por el conde de San German. (Váse, y al mismo tiempo se apaga la luz.)

TODOS. ¡Ah! (Entra Julian á tientas por la puerta izquierda.)

GUST. ¡El conde de San German! ¡Y yo que me he dado á él en cuerpo y alma! ¡He dado mi alma al diablo!

MARC. ¿Qué estás ahí diciendo?

GUST. Es el diablo, no hay duda... Y si no, ved como nos ha dejado en tinieblas.

MARC. ¿No ves que ha sido el viento que entró por esa puerta? (Vuelve Julian con otra luz.)

GUST. ¿El viento eh? Ya, ya... ¿Crees tú en el viento?

MARC. ¿Y tú en el diablo? Ea, déjate de sandeces, dáme ese estuche y vámonos todos.

MARG. ¿Vais á salir, Marcelo?

MARC. Ya sabes que he de estar antes de las diez en casa de la Marquesa; pero pronto vuelvo. Hasta luego, Margarita.

MARG. Os espero con impaciencia.

TODOS. Buenas noches, señorita.

MARG. Buenas noches. (Vánse todos, y se oye cerrar por fuera la puerta derecha.)

ESCENA VIII.

MARGARITA.

¡Pobre Marcelo! ¡Qué bueno es! ¡Qué contento se ha puesto cuando le ha asegurado el conde de San German que podia devolverme la vista! ¡Oh! ¡verle... podré verle! ¡Qué bueno será ver! ¿Pero quién será ese conde que motejan de diablo? ¡Muy compasivo es para demonio! Y luega aquella voz tan dulce. ¡Cómo me estrechaba las manos! No sé qué grata emocion experimentaba al escucharle... ¡Mañana! ¡Largo me vá á parecer el tiempo! Pensaré en Marcelo: será el mejor medio de entretenerlo. (Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA IX.

PIETRI, dos HOMBRES y luego MARGARITA.

Queda la escena sola por un momento, durante el cual se oye rechinar la cerradura de la puerta derecha: esta se abre á poco muy despacio, y entra cautelosamente Pietri, haciendo señas de que entren á los dos hombres.

PIET. Psit... Esta es la ocasion.—¿Habeis comprendido bien mis instrucciones? (Signo afirmativo.) Pues despachemos, no sea que por algun incidente, vuelva antes de tiempo nuestro hombre.

UNA VOZ. (Fuera.) ¿Quién vive?

OTRA. Paisano.

PIET. Silencio.—Es una patrulla.

MARG. (Desde la puerta izquierda.) ¿Sois vos, Marcelo? (Pausa.) Jurara que habia sentido ruido... ¿Si estará aun apagada la luz? (Se adelanta al mostrador.)

PIET. (Ella misma se entrega.) (Hace una seña á los dos hombres, quienes se apoderan de Margarita y al primer grito que lanza, le tapan la boca con un pañuelo y la arrastran hácia la puerta derecha. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Elegante sala de juego en el baile de la Marquesa. En el fondo tres anchas entradas guarecidas por ricos tapices. En primer término de la derecha una puerta secreta. Dos ventanas con lujosas colgaduras á la izquierda. En medio de la escena, un divan circular con montante en su centro, sobre el cual habrá un gran candelabro y vasijas con flores. Mesas de juego en los ángulos, candelabros en ellas, sillones, etc, etc.

ESCENA PRIMERA.

El COMEMDADOR, VAUDRAY, ORNAY y luego la MARQUESA.

COM. (Entrando por el foro con Vaudray y Ornay.) ¡Lástima que no haya venido mi mujer! Ese hombre es verdaderamente el demonio.

VAUD. ¡Bah! Á no ser el color de su cara, que es bastante endemoniado, nada encuentro en él...

ORN. ¿Si? Pues te aconsejo que no se lo digas. Parece que ha herido en desafío al vizconde de Mailly, porque le calificó de brujo, y al coronel Bertrand porque negaba que los hubiese.

COM. ¡Já, já, já! ¡Qué divertido! (¿Por qué no habrá venido mi mujer?)

VAUD. ¿Y cuál es tu opinion, Ornay?

ORN. Yo... no sé: pero veo que á su antojo hace reir ó sonrojarse á nuestras bellas, y juega del mismo modo con

los hombres mas encopetados. (Se oye un motivo de minuet.)

MARQ. ¿Qué es esto, señores? ¿Venís huyendo de Luzbel?

VAUD. Mal podemos temer su influjo en el templo de la Divinidad.

MARQ. Galante sois, caballero de Vaudray, mas por lo mismo no debo privar de vuestra presencia á mis amigas. ¿No ois la música? Vaya, Comendador, y vos tambien, Baron: en baile, en baile.

COM. ¡Oh! Yo estoy muy fatigado.

MARQ. ¿Cómo se entiende?...

ORN. Vá amaneciendo ya...

MARQ. No admito excusa. Al salon, señores, al salon.

VAUD. Vamos pues. (Vánse.)

ESCENA II.

La MARQUESA y PIETRI.

MARQ. (Abriendo la puerta secreta despues de asegurase de que ha quedado sola.) ¡Pietri!—¡Oh! No puedo hallar sosiego en parte alguna... Ni aun aturdirme logro entre el estruendo y bullicio del festin.

PIET. ¿Qué mandais, señora?

MARQ. ¿Esa muchacha?...

PIET. Al pronto se desesperó, clamó y prorumpió en amargas quejas y sentidas súplicas. Luego, rendida de cansancio y convencida de que eran vanas sus lamentaciones, arrodillóse, juntó las manos, y dirigiendo al techo una mirada capaz de taladrarlo, se puso á rezar y poco á poco se fué serenando. Miradla, qué tranquila está. (Señala al interior de la puerta secreta.)

MARQ. ¡Halla consuelo en la oracion!

PIET. ¡Buen consuelo!

MARQ. Sí, Pietri. Esa mujer pobre, humilde y ciega, es mas feliz que yo en medio de las grandezas y la opulencia. Es mas rica que yo, pues merece y posee el único tesoro que ambiciono, el amor de Marcelo: de Marcelo, que por ella me despreció, rechazando el brillante porvenir que le ofrecia.

PIET. ¿Es posible?

MARQ. Si: le propuse alcanzarle un nombramiento de oficial y

comprarle despues un regimiento. «Soy artesano, me respondió: mi taller es mi bandera, y si la abandonase, seria tan cobarde como el soldado que abandona la suya en un dia de batalla.» Le ofrecí riquezas, títulos... «La nobleza, me replicó, manto sublime y precioso cuando distingue al sabio ó al guerrero, se convierte en hediondo harapo al posarse en hombros del intrigante... del marido complaciente. ¿Riquezas me brindais?... No tiene el rey tesoros con que pagar una sola de las lágrimas que hiciera yo verter á mi pobre Margarita.» ¡Oh, cuánto la ama!

PIET. (Con intencion.) Pero la teneis en vuestro poder...

MARQ. ¿Qué quieres decir?

PIET. ¿Yo?... nada. Que podeis contar conmigo hoy, como hace diez y ocho años.

MARQ. ¡Ah, Pietri! Ese recuerdo...

PIET. ¿Qué teneis que temer? Reinaldo ha muerto ya sin haber hablado: y en cuanto al bello paje...

MARQ. ¡Oh, calla, calla!

PIET. ¿Por qué? Ni vos ni yo tenemos que acusarnos de su muerte. El cielo abrasador del Senegal se habrá encargado de librarnos de él.

MARQ. ¡Qué horror! ¿Y pude yo resolverme á un crímen tan espantoso?

PIET. ¡Bah! ¿Á eso llamais un crímen?

MARQ. ¡Horrible!

PIET. Bien: sea. Pero no teniais otro medio de salvacion. ¿Hubierais preferido que los envidiosos, que nunca faltan en palacio, descubrieran vuestro secreto y fueran á decir al monarca: «esa marquesa á quien colmais de honores y atenciones ansiando obtener sus favores, los ha otorgado ya á un hidalguillo oscuro. Preguntadle por su hija, por la hija de Leoncio.»—Debiais por tan poco renunciar al objeto de vuestra ambicion, cuando veiais trocarse en realidad lo que ni aun en sueños osabais esperar?

MARQ. ¡Basta, basta!—¿Estás seguro de que nadie se ha enterado de la venida de esa jóven?

PIET. Nadie. En cuanto la aseguré dentro del coche, despedí á los dos hombres que me acompañaban, y yo solo la he conducido, llegando por la escalera secreta que comunica al jardin, á ese gabinete que conocemos al pre-

sente vos y yo no más.

MARQ. Está bien. Esta noche la sacarás de él con las mismas precauciones y la dejarás en las cercanias de su casa.

PIET. ¡Cómo! ¿Me mandais?...

MARQ. Sí, Pietri. No quiero emponzoñar la existencia del que ha salvado la mia. Que me desprecie, que me aborrezca; pero que sea feliz. ¡Oh! su mirada, sus palabras han dispertado en mí crueles remordimientos! ¡Dichosa mil veces la que no delinquió! Obtiene en vida la estimacion, y la acompañan al sepulcro el llanto y las plegarias de sus semejantes. (Murmullo dentro.)

PIET. ¡Señora! (Cerrando precipitadamente la puerta secreta.)

MARQ. (Enjugándose los ojos.) Es verdad: doy un gran baile! (Váse Pietri por el foro.)

ESCENA III.

La MARQUESA, el COMENDADOR, ORNAY, luego VAUDRAY, y despues SAN GERMAN, damas y caballeros.

ORN. ¡Já, já, já! ¡Pobre Comendador!

COM. ¡Já, já, já! Es delicioso.

MARQ. ¿Qué pasa, señores? ¿Puedo saber el motivo?...

ORN. El bueno del Comendador que ha querido consultar á Satan...

COM. Queria que me dijese mi sino.

MARQ. Y bien.

COM. Me ha contestado: «sois un imbécil, Comendador...»

MARQ. ¡Já, já, já!

COM. «Sois un imbécil en alimentar ese deseo. Pretendeis sondear el porvenir? Contentaos con leer en el corazon de vuestra esposa.»

MARQ. ¡Já, já, já!

ORN. ¿Pero qué os dijo luego al oido?—Si le hubierais visto, Marquesa... Le entró un desasosiego...

COM. No, no fué nada.

MARQ. ¡Es el diablo ese hombre!

COM. ¡Vaya si lo es! Mucho sentirá mi mujer no haber venido. ¡Se divierte tanto con él!

ORN. Cuidado no se os la lleve á los infiernos.

MARQ. ¿Segun eso, le conoce?

COM. Como yo. Nos suele visitar, pero ignoramos completa-

mente su orígen. Vos estareis mas enterada.

MARQ. No por cierto: ni aun de vista le conocia. Los rumores extraños que corren de boca en boca acerca de sus relaciones con Luzbel, picaron mi curiosidad. Esto, unido al deseo natural de que figurase entre mis convidados la notabilidad del dia, me hizo solicitar su asistencia.

ORN. ¿Y qué opinais ahora?

MARQ. Confieso francamente que el misterio que rodea á ese personaje fantástico me causaria espanto... si no me causára risa.

ORN. ¡Cuidado, Marquesa! No hay que jugar con fuego. (Con cómica gravedad.)

VAUD. (Saliendo por el foro.) ¿Habeis sabido la noticia?

TODOS. ¿Cuál?

VAUD. ¿Supongo que conociais todos al duque de Medina? Ese opulento Italiano...

TODOS. Si, si.

VAUD. Pues bien: figuraos que á las doce cenó, como acostumbraba, con el mejor apetito... y cinco minutos despues ya no existia.

TODOS. ¡Muerto!

MARQ. ¿Pero cómo?

VAUD. Se ignora. Dícese únicamente entre la multitud apiñada á la puerta de su palacio que el duque cayó redondo al abrir un billetito perfumado que le acababan de entregar.

ORN. ¿Y está firmado el billete?

VAUD. Eso es lo mas extraño. Ni una letra contiene, segun parece.

ORN. Alguna venganza de su pais.

COM. Ó mas bien suposiciones del vulgo.

VAUD. Os refiero lo que me ha dicho vuestro primo el capitan de guardias, que es quien acaba de traer la noticia.

COM. ¿Ha venido mi primo? ¡Cuánto me alegro!

ORN. En verdad, señores, que Paris se vá volviendo lúgubre por demás, y si no tuviésemos al diablo para distraernos un poco...

MARQ. Á propósito, él debe saber los pormenores del fatal suceso, puesto que nada ignora. Vamos á preguntárselos.

VAUD. Podeis ahorraros esa molestia. Aquí ha de venir ahora mismo, pues tiene empeñada conmigo una partida. (Rumor en el fondo.) ¿Ois? Parece que ya se aproxima.

GERM. (Dentro.) Bien; ¿y qué tiene eso de particular? (Sale acompañado de un tropel de damas y caballeros.)

MARQ. ¿Hablabais de la catástrofe, señor Conde?

GERM. Precisamente, bella marquesa. Cada cual se cree autorizado para glosarla á su antojo.

MARQ. Y yo desearia que nos explicaseis la causa...

GERM. Muy natural. El buen duque era muy gloton y mas poltron si cabe: comia mucho y paseaba poco... Ha sucumbido, pues, como era de esperar, á impulsos de una apoplegia fulminante.

ORN. Calla... pues no habia yo caido... (Murmullo general de asentimiento.)

COM. ¿Visteis á mi primo, San German?

GERM. Sí, ahí queda sufriendo un interrogatorio interminable.

COM. ¿Estais ya convencido de que no tiene sentido comun lo que me dijisteis respecto á mi mujer? No se hallaria él aqui si...

GERM. Yo no os he dicho que fuese vuestro primo el objeto de su predileccion.

COM. Pues no sospecho quién pueda ser.

GERM. Tranquilizaos. No ha habido daño, ni teneis por qué temerlo.

COM. ¿Pero conozco yo al sujeto? ¿Le suelo ver?

GERM. Como me estais viendo á mí. (Risas.)

VAUD. Con que... ¿vamos á jugar?

GERM. Puesto que os empeñais... Comendador, ¿quereis sentaros en mi lugar?

COM. De buena gana. (Vaudray y el Comendador se sientan á una mesa, parte de los convidados los rodean, algunos se van y otros forman grupos.)

MARQ. (Indicándole el divan.) Sentaos tambien y reposad, señor Conde.

GERM. (Sentándose junto á ella.) Á fé que lo he menester. No tengo ya mis piernas de la mocedad. El diablo vá siendo viejo.

ORN. Que se meta fraile.

GERM. No fuera malo. Puede que alguna viudita que conoceis me tomára por director espiritual.

VAUD. Chúpate esa. (Risas.) ¿Qué apostamos, Conde?

GERM. Fijad vos mismo.

VAUD. Quinientos luises.

GERM. Sea; pero os advierto que comprometeis vuestra ha-

cienda, harto averiada ya por las ninfas de la ópera.

VAUD. ¿Qué quereis decir? (Empiezan á jugar.)

GERM. Nada, nada: ya ajustaremos esa cuenta despues de vuestra muerte. Os sentenciaré á las bailarinas. (Risas.)

ORN. Trágate la píldora.

GERM. ¡Oh, las mujeres!... Ellas serán vuestra perdicion. Esto mismo dije á Francisco primero.

TODOS. ¿Francisco primero?

COM. ¿Le habeis conocido?

GERM. Vaya si le conocí. En mil quinientos veinticuatro. ¡Excelente rey! ¡Valiente y generoso! Mucho le queria yo. Pero no hizo caso de mis consejos y... ya se vé: pensando en sus triunfos de amor, sufrió la derrota de Pavia.

MARQ. Es que habla de los reyes como si los hubiese tratado familiarmente.

GERM. ¿Y por qué no? ¿No soy acaso rey yo tambien? Ellos imponen leyes á sus vasallos: yo impongo los vicios al universo entero. ¿Quién es mas poderoso?—Y es justo que el diablo se divierta en reinar, ya que los reyes se divierten en hacer diabluras.

COM. Habeis ganado, San German.

VAUD. Doblo la suma.

GERM. Corriente.

MARQ. ¿Con que tan enterado os hallais del pasado?...

GERM. Como del porvenir.

MARQ. ¿Y conoceis las vidas de todos?

GERM. Mejor que la mia.

MARQ. ¿Segun eso podriais decirme?...

GERM. Todo.

MARQ. (Con sorpresa.) ¡Ah!... ¿Y si os pregunto mi suerte venidera?

GERM. Tambien. Gozad empero del dia de hoy sin cuidaros de mañana, y no querais padecer anticipadamente descorriendo el velo que os encubre quizás tormentos aun mayores que los ya sufridos.

COM. Ganasteis otra vez.

GERM. Creedme, Vaudray: no os obstineis en arruinaros.

VAUD. (Levantándose.) ¡Qué suerte tan dicidida!

MARQ. ¿Sabeis, señores, que el diablo me está dando quebraderos?—Dejemos, pues, el porvenir, y recordadme el pasado.

GERM. ¡Cómo!... ¿quereis?...—Hay recuerdos, Marquesa, que es peligroso evocar.

MARQ. No importa.

GERM. Venid pues. (Asiéndola de la mano, la conduce al medio de la escena y le señala con el dedo un punto en el espacio.) ¿Veis allá abajo un punto negro?

MARQ. ¿Dónde?

GERM. Esperad: ese punto vá creciendo... creciendo... ¿Lo veis ahora? Mirad; vá tomando las formas de una nave.

MARQ. ¿Una nave?

GERM. Si, es una nave: está anclada; pero pronto vá á partir. ¿No ois las canciones de los marineros que se ocupan en los aprestos de marcha? Reparad en la playa á sus madres y esposas que les tienden los brazos en señal de despedida. ¡Dios sabe si los volverán á ver! Porque van lejos, muy lejos, aquellos navegantes. Quizás mañana ese viento que ahora hinche suavemente la blanca lona, los sepulte furioso en el abismo.—Escuchad: ¿de dónde parten esos gritos de rabia, esas horribles blasfemias? ¡Ah! mirad: en el fondo del buque hay un jóven cargado de cadenas y cubierto de heridas. Mirad. el desdichado intenta matarse golpeándose la frente contra las planchas de cobre... Lo intenta una, diez y veinte veces; pero otras tantas vuelve á caer abrumado bajo el peso de sus hierros.

MARQ. (¡Gran Dios!)

GERM. Parece que el buque se mueve... Si, vedle girar.—¡Adios!—Ya se aleja. En vano el cautivo llama desesperado á la muerte; en balde vomita su boca atroces imprecaciones... Clamores, blasfemias é imprecaciones se confunden con el ruido de las olas...—Los marineros cantan y el bajel sigue su rumbo.

MARQ. (¡Señor Conde!)

GERM. ¡Oh, cuánto debe sufrir ese infeliz! Pero... ¿qué ha hecho para que se le maltrate así? Nada. ¿Qué crímen ha cometido para que se le arroje en la bodega como á un esclavo? Ninguno.—¡Ah! sí: ha amado á una mujer, y tal es el castigo que ella le dá. Su vida, su alma diera á trueque de volver á pisar por breves horas aquellas costas que van desapareciendo á su vista... ¡Imposible! Una órden de destierro le condena á aquella tortura. ¡No hay esperanza! Ni aun le queda el desaho-

go del llanto, que se ha secado en su ardiente corazon. ¿Cabe desdicha mayor?...—Chócanse las olas, canta el marinero y sigue su rumbo el bajel.

MARQ. (¡Dios mio!)

COM. La historia promete ser interesante.

ORN. Lo vá siendo ya.

MARQ. Muy interesante. (*Con afectada candidez.*)

COM. ¿Verdad que sí?

VAUD. (Maldito si entiendo una palabra...)

MARQ. (¿Pero quién sois, caballero?...)

GERM. (El diablo.)

MARQ. (No creo en Lucifer.) (*Con coqueteria.*)

GERM. (Ni aun en Dios. Pero quisisteis saber los secretos del diablo, y el diablo os contesta con otra pregunta. Dios preguntó á Cain: «¡Mal hermano! ¿qué has hecho de tu hermano?» Y yo, Satán, os pregunto: «¡Maria! ¿qué has hecho de tu amante? ¡Mala madre! ¿qué has hecho de tu hija? (*Queda aterrada la Marquesa. Fuertes rumores dentro.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MARCELO, Criados, Convidados y luego MARGARITA.

MARC. Aqui está. (*Desde adentro.*)

MARQ. (¡Cielos!)

MARC. (*Aparece con el traje en desórden, forcejeando contra los criados, que le quieren impedir el paso, y seguido de varios convidados.*) Os digo que está aqui: dejadme. Quiero ver á la Marquesa.

GERM. (¡Marcelo!)

MARQ. ¿Qué alboroto es ese? ¿Qué me quereis?

MARC. Justicia. Al llegar á mi casa, despues de haberos entregado ese aderezo, hallé la puerta de la tienda fracturada. Entré azorado, llamo á Margarita y nadie me responde. Registro por todas partes; todo estaba en órden, nada me habian robado; pero mi pobre ciega habia desaparecido.

GERM. (¿Qué escucho? ¡Una nueva infamia!...) (*Observa á la Marquesa, que dirige miradas inquietas hácia la puerta secreta.*)

VAUD. (¿Quién es ese hombre? ¿Comprendes algo?)

ORN. (Ni una palabra.)

MARQ. Se habrá extraviado tal vez...

MARC. Loco, desatalentado, he recorrido las casas y las calles del barrio, he preguntado á los vecinos, á los transeuntes, á las patrullas... ¡Inútiles pesquisas! Nadie la ha visto.

GERM. (¡Esas miradas!...)

MARQ. ¿Y creeis que yo?...

MARC. Recordando nuestra última entrevista he calculado que solo vos...

MARQ. ¿Yo?

MARC. Sois compasiva, señora Marquesa; me habeis dado muestras de benevolencia, y no querreis verme privado de lo que mas amo en el mundo. ¿Dónde está? ¡Decídmelo, por piedad!

VAUD. ¡Ah! ya caigo... ¡Excelente idea, Marquesa! ¡Una farsa, una farsa! (Risa general.)

MARC. ¿Os reis? Á la verdad debo pareceros muy ridículo, y confieso que es mucha osadia el venir á turbar vuestro regocijo. Perdonádmelo, señores. No sé lo que digo ni lo que hago. Pero sois nobles todos, y magnánimos por lo tanto. Doleos de mi angustia: de rodillas os lo suplico... Devolvedme mi ángel tutelar.

TODOS. ¡Bravo! ¡Bien! (Aplausos.)

MARC. ¿Qué es esto? ¿Os mofais de mi dolor?

ORN. ¿Pero habla formal? ¿Qué significa?...

MARC. Significa que he venido resuelto á recuperar el tesoro que se me ha robado, y que no saldré de aqui sin él.

VAUD. ¡Y se insolenta!

MARC. No, señores. Me he humillado hasta la bajeza; me he arrastrado cobardemente á vuestras plantas... pero ya mi orgullo se revela, y despues de haber suplicado, mando, exijo.—¡Señora Marquesa, vos sabeis dónde está mi prometida!

MARQ. ¿Yo?... No sé... no conozco á esa mujer... Os digo que no está aquí.

GERM. Mentís. (Abriendo la puerta secreta.) Miradla.

MARC. ¡Margarita! (Arrojándose dentro del gabinete.)

TODOS. ¡Ah! (Agolpándose á la puerta.)

VAUD. (¡Un gabinete secreto!)

ORN. (¿Cómo ha sabido?... ¡No hay duda, es el diablo!)

GERM. Y bien, señores... La farsa está ya representada. ¿No aplaudís?

VAUD. ¿Qué quereis decir?

GERM. Digo que cuando ese jóven imploraba vuestra proteccion con lastimero acento, le habeis motejado de farsante y os causó risa.

VAUD. ¡Conde!

GERM. Cada cual desempeñó su papel en la farsa. Ese valiente muchacho hizo el mas generoso de los sacrificios, el de su orgullo; y le tratasteis de bufon y de insolente... Es natural. Vosotros, que comprais vuestras amantes como vuestros vestidos, no podeis comprender ese amor sublime y santo. ¡Pero respetadlo al menos!—¡Já, já, já!... ¡El diablo predicando moral!—¡No, no, cortesanos! El amo os dá el ejemplo... ¡Imitadle, pues, lacayos! Bailad, saltad para agradarle. (Entra en el gabinete. Murmullos de indignacion.)

VAUD. ¡Oh, esto ya es por demás!

MARQ. ¡Tal escándalo en mi casa!

ESCENA V.

DICHOS y PIETRI.

PIET. (Saliendo por el foro, y acercándose á la Marquesa.) (Señora...)

MARQ. (¡Todo lo sabe, Pietri! ¡Perdida soy!)

PIET. (Aun no.)

MARQ. (¿Qué dices?)

PIET. (Digo... que el duque de Medina ha muerto, segun parece, envenenado, y que el conde de San German tiene fama de muy ducho en la confeccion de tósigos y filtros.)

MARQ. (¡Ah! Te comprendo.)—Señores... la escena desagradable que acabais de presenciar, me ha afectado en términos, que... os ruego me dispenseis... siento un malestar...

ORN. (¡Nos despide!)

COM. No os violenteis, Marquesa. Comprendemos la penosa impresion que os ha debido causar. (Saluda la Marquesa á la reunion y se retira por el foro seguida de Pietri.) Vámonos tambien. Noche completa. Cuánto sentirá mi mujer no haber presenciado... (Vánse todos en grupos y murmurando.)

VAUD. (Yéndose.) (¡Una muchacha robada!)
ORN. (Id.) (¡La arrogancia de ese villano!)
VAUD. (La turbacion de la Marquesa...)
ORN. (Y el interés del conde en la demanda...) (La escena permanece sola breve rato: salen varios criados que se llevan las luces, y Dubois, quien se queda abriendo las ventanas y ordenando la estancia. Procúrese marcar la transicion de la luz artificial á la natural.)

ESCENA VI.

DUBOIS, GUSTAVO, y luego PIETRI dentro.

GUST. (Aparece por la izquierda del foro, completamente ébrio y se adelanta al proscenio sin ser notado por Dubois, que está ocupado en el lado opuesto.) ¿Dónde diablos se habrá metido mi hermano de leche? No, pues él no ha salido. Desde mi refectorio veia perfectamente á todos los que se marchaban. ¡Ya podia yo esperarle al fresco! Afortunadamente topé con el celeste emperador...—¡Y qué francote es Dubois!—«¿Vamos á echar un párrafo?» (Hace seña de empinar.) «Jé, jé, jé! Vamos.» Y nos sentamos mano á mano.—¡Uf, qué calor!—Brillante reunion, por vida mia! ¡Y cuántas caras parecidas! Todas las he visto dobles por lo menos.—¡Ah! ya estoy... Es una fiesta de mellizos...—¡Uf, qué calor!
DUB. (Reparando en él.) ¡Gustavo! ¿Qué haces aqui?
GUST. ¿Eh? ¿Quién eres tú?
DUB. ¿No conoces á Dubois?
GUST. ¡Ah! sí, mi querido guacamayo.—¡Calla! ¿Tú tambien tienes un gemelo?
DUB. ¿Qué gemelo?
GUST. Ese que está á tu lado.
DUB. ¡Já, já, já! Si no hay nadie.
GUST. ¿Cómo qué?... (Tentándole y buscando á otro á su lado.)
DUB. Eso es efecto de... (Indicando con la accion que está bebido.) ¡Já, já, já!
GUST. ¿Crees tú?... (¡Uf, qué calor!) Puede... ¡Aquel vinillo blanco!...
DUB. Si ha sido tinto.
GUST. ¿Tinto? Bueno: ¿qué mas dá? En siendo vino, mas que fuera azul turquí. Soy capaz de beberme el arco iris si

me lo embotellan.—¿Pero dónde andará Marcelo? (Vá á salir por la izquierda del divan, tropieza y cae sentado en él, quedando casi oculto por su montante.)

DUB. Vamos, levántate: aqui estás mal.

GUST. Al contrario: me hallo perfectamente.

DUB. Si, pero...

PIET. ¡Dubois! (Llamándole desde dentro.)

DUB. Voy. (Sale por el foro.)

GUST. Quiero esperar aquí... estoy cansado... Marcelo... Los ladrones... ¡Uf, qué calor! (Se queda dormido.)

DUB. (Volviendo con un pliego.) Vamos, ven; te acompañaré. Tengo que ir á llevar este pliego. Vamos. (Intenta incorporarle.)

GUST. ¿Eh? Déjame.

DUB. Pronto, que tengo priesa.

GUST. Yo no me muevo de aqui.

DUB. Pues allá te las avengas. (Soltándole, y se vá.)

ESCENA VII.

GUSTAVO, dormido, y SAN GERMAN.

GERM. (Saliendo por la puerta secreta.) Sí, es preciso salir de esta incertidumbre al instante, aquí mismo, antes que mis enemigos puedan estorbármelo. ¡Oh! no dejarán de perseguirme... los conozco. Su necia vanidad se dará por satisfecha; se creerán vengados y plenamente justificados si logran cebarse en quien osó lanzarles al rostro su torpe desenfreno.—¡Maria!... ¡Marquesa Appiani, ni aun me has reconocido!...—Desechemos estas ideas, á fin de recobrar la calma y serenidad que tan necesarias me son en este momento. Ya no debe tardar Marcelo.

GUST. ¡Ladrones! ¡socorro! (Soñando.)

GERM. ¡No estoy solo! ¿Qué veo? ¡Gustavo, Gustavo! (Sacudiéndole.)

GUST. (Asiéndose á San German.) ¡Ah, bribon! Ya te pillé...—Ladrones!

GERM. (Levantándole con mano vigorosa y trayéndole al proscenio.) Despierta y no alborotes: soy yo.

GUST. (¡Uy! ¡El diablo! ¡Por eso me abrasaba yo de calor!...) (Se santigua.)

GERM. ¿Qué haces, majadero?

GUST. Perdon, señor demonio... Yo no sabia cuando os ofrecí mi alma...
GERM. ¿Estás borracho?
GUST. No, no señor. Es que... (¡Cómo huele á chamusquina!)
GERM. Sí lo estás. No hay mas que ver esa nariz tan roja...
GUST. Mi nariz no sabe lo que se pesca. Pues si el vino era blanco...
GERM. Cómo puedes olvidarte hasta ese punto cuando tu maestro, tu protector se vé perseguido...
GUST. ¿Perseguido Marcelo? ¿Dónde está?
GERM. No tardará en venir, y si te halla en ese estado...—Ya siento sus pisadas.
GUST. ¡Ay, señor! Os suplico que no le digais... (Se oculta tras de las colgaduras de la segunda ventana.)

ESCENA VIII.

DICHOS y MARCELO.

MARC. Tomad, señor conde. (Entregándole un cofrecillo.)
GERM. Esto es. (Lo coloca sobre una mesa junto á la primera ventana.)
MARC. Tomad tambien la llave de esa escalera que me habeis confiado.
GERM. No, guardadla. Acaso la necesitemos y presiento que está mas segura en vuestro poder. Dejadme ahora solo con Margarita: bajad al jardin y no volvais antes de un cuarto de hora.
MARC. ¿No pudiera yo presenciar?
GERM. ¡Oh! no: seria una imprudencia.
MARC. ¡Tiemblo por ella, señor conde!
GERM. Pronto se trocará en júbilo ese temor.
MARC. Juradme al menos que su vida no corre riesgo alguno.
GERM. Os lo juro.
MARC. Confio, pues, en vuestra promesa. Dios quiera daros acierto. (Váse por la puerta secreta.)
GERM. Llegó el momento. (Vá á entrar en el gabinete secreto y se detiene.) Está en oracion... ¡Oh! si pudiera yo tambien.. —No me atrevo.—Sin embargo, la plegaria es hermana del perdon... todo lo alcanza...—¡Gran Dios! Tú, sin duda has acogido los votos de esa infeliz, y tu inmensa sabiduria dispuso que en el castigo del criminal hallase

su premio la virtud. Benditas las tribulaciones que me hicieron buscar un lenitivo en el estudio, iniciándome asi en los arcanos de la ciencia! ¡Oh, gracias!... ¡Gracias y perdon, Dios mio! (Cae de rodillas.)

GUST. (Asomándose por entre las colgaduras) (¡Calla! ¿El diablo de rodillas?...

GERM. (Levantándose.) ¡Vamos!... (Váse por la puerta secreta.)

GUST. Pues señor, no he visto otra...—¿Pero qué pasa aqui? «¡Tiemblo por su vida!» ¿Qué querria decir Marcelo?... No, pues yo he de averiguar... (Váse por el fondo.)

ESCENA IX.

MARGARITA y SAN GERMAN.

MARG. (Saliendo del gabinete secreto guiada por San German.) ¡Oh, sí, cuanto antes, señor Conde.

GERM. ¿Estais bien decidida?

MARG. Hasta no más. Despachemos antes que vuelva Marcelo. Temblaria por él.

GERM. Y por vos.

MARG. No, yo estoy tranquila. Mirad, amigo mio... (Tendiéndole la mano.)—Dispensadme, señor Conde.

GERM. ¿De qué, hija mia?

MARG. ¿Me permitís?...

GERM. Si por cierto, llámame siempre asi.

MARG. Pues bien, amigo mio: tengo en vos una confianza tal, que nunca se desmentirá, suceda lo que suceda. Los ciegos juzgamos de las personas por su voz, y la vuestra suena tan dulce á mi oido, que me creo menos desgraciada desde que la escuché: y... no sé por qué, pero se me figura que yo os esperaba y que debiais llegar. Vereis... vereis cómo os reconozco cuando recobre la vista. Vamos, pues: estoy dispuesta.—¿No me respondeis? ¿Dónde estais?

GERM. Aqui, á tu lado, hija mia.

MARG. (Cogiéndole la mano.) ¡Oh, Dios! ¡Estais trémulo!

GERM. (¡Ea, valor!) No lo creas. Ven: siéntate aqui. (La coloca de frente al público en un sillon en el alfeizar de la primera ventana y un poco retirado de la mesa, coge un instrumento del cofrecillo y se le acerca.)—¡Oh, no me atrevo!

MARG. ¡Dios mio! (Se levanta.)

GERM. ¿Sabes, pobre niña, que el menor movimiento bastaria para hacer ya imposible tu curacion... para ocasionarte quizá la muerte?... ¡Qué horror! ¡Matarte yo teniendo en mis manos tu salvacion! (Estrechándola amorosamente en sus brazos.)

MARG. ¡Valor!

GERM. ¡Oh, si, lo tendria si no sintiera en el mio los latidos de tu corazon.

MARG. Yo los comprimiré; descuidad.

GERM. ¿Y cómo?...—¡Ah! (Con súbita inspiracion.)

MARG. ¿Qué teneis?

GERM. ¡Margarita! Acabas de decirme que tienes plena confianza en mí...

MARG. ¡Oh, si!

GERM. ¿Y estás convencida de que el menor movimiento durante la operacion seria la pérdida de tus esperanzas?

MARG. Lo estoy.

GERM. (Sacando dos ampollitas del cofrecillo.) Pues bien, aqui tengo dos sustancias. La una produce un letargo profundo; paraliza completamente todos los sentidos... en fin, es la muerte. Ella me permitiria operar con serenidad. La otra neutraliza los efectos de la primera devolviendo sus facultades al cuerpo y al espíritu: es la resurreccion. Sin ella el sueño momentáneo se trocaria en sueño eterno. Dime; ¿te sientes con valor para morir ahora y renacer despues á la luz del dia?

MARG. Dadme acá. (San German le entrega una de las ampollas y ella se la devuelve apurada.)

GERM. Bien: muy bien.

MARG. ¿Cuándo vendrá el sueño?

GERM. Muy pronto.

MARG. ¡No os alejeis, por Dios! (Cogiéndole las manos.) Así, junto á mí... Habladme de mi padre... y mi pobre madre...

GERM. Ya te he dicho que murió.

MARG. ¡Cuánto habrá sufrido!

GERM. Tienes razon Ha debido padecer mucho... (si tiene corazon.)

MARG. ¡Ah!.. ¡Infeliz!... Siento... el sueño... No me abando... Mar...ce...lo... (Se queda sin movimiento.)

GERM. ¡Hija mia! (Se arrodilla junto á ella, la observa un momento poniéndole la mano sobre el corazon, y despues de dirigir al

cielo una ferviente mirada, corre las colgaduras de la ventana, coge del cofrecillo un instrumento y se oculta con Margarita tras de las dichas colgaduras. Aparece Pietri en el foro observando cautelosamente la escena y hace señas hácia el interior. Vuelve á salir San German.) ¡Oh! Mi mano estuvo firme. ¡Dios me ha dado acierto!—Ahora, ¡Margarita! Despiértate y vé. (Coge la otra ampolla, y al ir á acercársela á los labios, entran precipitadamente un sargento y agentes de policia, Pietri y un tropel de gente de pueblo, y en pos Gustavo.)

ESCENA X.

DICHOS, PIETRI, un SARGENTO y agentes de policia, GUSTAVO y PUEBLO.

SARG. ¡Señor conde de San German! Sed preso en nombre del rey!

GERM. ¿Yo?

SARG. Leed la órden. (Le dá un pliego.)

GERM. ¿De qué se me acusa?

SARG. De haber envenenado al duque de Medina.

VOCES. (Fuera.) Muera el envenenador. Muera el asesino.

SARG. ¿Oís?

GERM. ¡Infames! (Descorre precipitadamente las colgaduras.)

SARG. ¿Qué veo? ¡Una jóven muerta!

GERM. No está sino dormida. Vereis en cuanto prueben sus labios... (Vá á dar á Margarita el antídoto.)

SARG. (Interponiéndose.) ¡Atrás! No consentiré...

GERM. ¡Desgraciado! ¿Quereis hacerme cometer un crímen? Si ese sueño se prolonga, no hay remedio para ella. Solo este licor puede volverla á la vida. Dádselo vos mismo.

SARG. ¿Y quién me asegura que no es ponzoña?

GERM. ¡Oh!—Ved la prueba. (Bebe parte de él.)

SARG. Venga pues, y que su sangre recaiga sobre vos si muere esta infeliz.

PIET. (Arrebatando de manos del Sargento el pomo que este llevaba á los labios de Margarita.) ¡Deteneos! Ese hombre os engaña. Es un veneno. (Estrella el pomo contra el suelo.)

GERM. ¡Ah! (Queda anonadado.)

PIET. (Al Sargento.) Cumplid vuestro deber. Á la Bastilla con él.

PUEBLO. ¡Á la Bastilla! ¡Á la Bastilla!

GUST. (¡Quieren prender al diablo!) (El Sargento y los agentes conducen á San German y les sigue parte del pueblo.) (¡Pues se le llevan! Y yo que le prometí... Vamos á ver en qué pára todo esto.) (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

MARGARITA dormida. MARCELO, PIETRI y luego la MARQUESA.

MARC. (Saliendo por la puerta secreta.) ¿Qué significan los gritos que escuché desde abajo? ¿Qué veo? ¡Margarita dormida!. . ¿Y el Conde?...—¡Margarita! ¡Despierta, ángel mio! (Cogiéndole la mano.) ¡Está helada!
VOCES. (Fuera.) ¡Muera el envenenador!
MARC. ¿Qué escucho?—¡Oh, Dios! ¡Esa redoma quebrada!..—¡Margarita! ¡Margarita!
PIET. No la llameis. Ha muerto envenenada.
MARC. ¿Por quién?
PIET. Por el conde de San German, á quien en este momento conducen á la Bastilla.
MARC. ¿Él?... ¡Oh, es imposible!
VOCES. (Fuera.) ¡Muera el asesino! ¡Justicia! ¡Que se haga justicia!
PIET. Escuchad.
MARC. ¡Ah! ¡Esto es para volverse loco!—¿Quién pide justicia? Yo solo tengo derecho...—¡Y nos vendia proteccion el traidor!—Mi vida, mi alma á quien me ponga delante de ese hombre.
MARQ. (Apareciendo en el foro.) Acepto.
MARC. ¿Vos?
MARQ. Sí, yo, que todo lo olvido, excepto que os debo la vida. Venid: yo os daré los medios...
VOCES. ¡Muera el infame!
MARC. ¡Oh! si, morirá.—¡Adios, Margarita! Juro vengarte, ó bajar contigo al sepulcro. (Váse con la Marquesa.)
VOCES. ¡Muera! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

CUADRO PRIMERO.

Calabozo con puerta en primer término de la derecha y ventana con reja, cuyos hierros estarán fracturados, en el foro. Un banco á la derecha, y un lecho de paja en el ángulo izquierdo. La escena alumbrada únicamente por la luna, cuya luz penetra por la ventana.

ESCENA PRIMERA.

SAN GERMAN, recostado sobre la paja, y un CARCELERO.

Al levantarse el telon, se oye á los centinelas exteriores correr la voz de alerta; se abre la puerta y penetra el carcelero con una linterna, una vasija y un pedazo de pan que dejará sobre el banco.

CARC. ¡Señor conde!—(Parece que no está de humor... Ya se irá amansando.) ¡Señor conde!

GERM. ¿Qué me quieres?

CARC. Os traigo la cena. No es muy sabrosa que digamos, pero tampoco es indigesta, y váyase lo uno por lo otro.

GERM. Déjame en paz y márchate.

CARC. No haré tal sin transmitiros antes las órdenes del señor

gobernador. Pronto sereis trasladado á otro calabozo, porque este no ofrece seguridad. El último que lo ocupó intentó fugarse limando esos hierros, pero se le cogió *in fraganti*, y esta mañana ha sido ahorcado. Verdad es que él no era noble; mas con todo os aconsejo que no os acerqueis demasiado á esa ventana.

GERM. ¿Por qué?

CARC. Porque el centinela tiene órden de hacer fuego á todo el que se asome, y en noches tan claras, se hace buena punteria.

GERM. ¿Has acabado?

CARC. Si á la vista de esa reja desvencijada os asaltan malas tentaciones, mirad, pero sin asomaros, ahí... hácia la izquierda; vereis mecerse muellemente una sombra misteriosa. Es el pobre diablo de esta mañana. Con que... Buenas noches, señor conde.

GERM. ¿Qué hora es?

CARC. Cerca de las ocho.—Hasta mañana. (Váse.)

ESCENA II.

SAN GERMAN.

¡Doce horas ya! ¡Desventurada! (Se levanta.) ¡Oh! Cuando la fatalidad se ceba en una víctima, vana es la lucha, inútil la fuerza de voluntad; infecundos los mayores prodigios de inteligencia y valor, que al cabo se estrellan contra el menor obstáculo, como nave que, respetada por los huracanes, viene á naufragar á la vista del puerto.—Pero, ¡Dios mio! ¿No está aun aplacada tu cólera? ¿Quieres una víctima? Hiere pues. Resignado espero el golpe de tu justicia; mas permite que salve antes á la inocencia. (Se acerca á la ventana.)—¡Ah! ¡El desdichado! Tambien él soñaba libertad, familia, placeres...—Y tú... ¿No dicen que eres el diablo? Quebranta, pues, esa puerta; vuela, hiende los aires: descubre y resucita á aquella pobre niña á quien diste muerte en vez de la luz que le prometias.—¡Envenenador!... ¡Asesino!... ¡Y lo habrán creido aun los mismos á quienes amé!—¿Mas qué ruido?...

ESCENA III.

SAN GERMAN y MARCELO embozado en una capa.

GERM. ¡Ah! ¡Marcelo! ¡Dios sea loado! Hablad, ¿qué es de Margarita? ¿Dónde está? Pronto, decid.

MARC. Tomad. (Le arroja una espada á los pies.)

GERM. ¡Una espada!

MARC. La manejais con destreza segun dicen... En guardia, pues.

GERM. ¿Qué pretendeis, Marcelo?

MARC. Matarte, vil asesino. Aquí no te valen tus sortilegios: aquí no tienes mas remedio que luchar cuerpo á cuerpo conmigo, hasta que uno de los dos exhale el último suspiro.

GERM. ¡Marcelo!

MARC. ¿Qué te hice yo, ¡miserable! para que te deleitases en destrozar mi pobre corazon?

GERM. ¡Marcelo!

MARC. Yo nada te pedia. Viniste traidoramente á sorprender mi buena fé: me hiciste vislumbrar un cielo de ventura, y me arrojas de repente al abismo de la desesperacion!

GERM. ¿Yo? ¿Yo que te he amparado contra aquella turba de corrompidos cortesanos?

MARC. Para mejor engañarme.

GERM. Yo que te he devuelto el ángel que te habian arrebatado...

MARC. Para darle muerte, ¡infame!

GERM. ¡Es verdad! ¡La he muerto! (Anonadado.)

MARC. ¡Oh! Defiéndete.

GERM. Nunca. Mátame si quieres. (Rechaza con el pié la espada.)

MARC. ¡Cobarde!

GERM. No me han creido, ni tú me creerás. Juro sin embargo que la muerte de Margarita no es mas que un sueño, y que aun ahora podria salvarla.

MARC. Mientes.

GERM. No, Marcelo.—Pero ¿quién te hizo llegar hasta mí? ¿Qué mano armó la tuya? ¿Quién te inspiró esa sed de venganza?

MARC. Mi furor.

GERM. No: ella. ¡Siempre ella! ¡La Marquesa! (*Asiéndole del brazo.*) Responde: ¿no es cierto que fué la marquesa Appiani?

MARC. Bien: ¿y qué?...

GERM. Escúchame, Marcelo. Hace diez y ocho años esa mujer quiso encubrir su primera falta, y no retrocedió para ello ante la idea del crímen mas horrendo. Mandó asesinar al inocente fruto de sus feroces entrañas, y el cómplice de sus ilícitos amores fué arrebatado de su hogar y conducido á remotos climas. Dios salvó á la tierna criatura: Dios ha dispuesto que volviese á su patria el proscripto; y cuando, henchido el corazon de amor paternal, se ocupaba en el cumplimiento del mas santo de los deberes, en la salvacion y la felicidad de su hija, hé aqui que esa furia del averno pone en tu diestra una espada y te dice: «Véngate » (*Arrancándole y quebrando su espada.*) No, Marcelo. Yo no me batiré, porque este duelo fuera impio y sacrílego; porque no debo matar al amigo, al esposo de Margarita, ni tú puedes atentar á la vida de su padre.

MARC. ¡Vos su padre!

GERM. Sí: yo que la amaba demasiado para imponerle la herencia de un nombre maldecido, para destruir en su alma el gérmen de la felicidad diciéndole: «Tu madre fué la favorita de un rey.» ¡Comprendes que yo no debia revelarle... y menos ahora que me llaman envenenador y asesino!—¡Oh! Yo me callaré. Calla tú tambien: no enlaces mi nombre mancillado con el de mi pobre hija; no digas á nadie que una inmunda cortesana fué su madre. (*Sollozando.*)

MARC. ¡Ah! Os creo, señor conde. El acento de la verdad se percibe claro en vuestras palabras. Os creo y os ruego que me perdoneis.—¿Pero la Marquesa?...

GERM. Los ardores del Senegal nublaron mi frente, así como el dolor ha envejecido mi corazon. La Marquesa no ha reconocido en mí al mozalvete que supo inspirarle una vehemente pasion, y que hubiera dado mil vidas por una sonrisa de sus labios. Pero calla, te lo repito. Á tí solo he descubierto este secreto, porque no podia consentir que se cruzaran nuestros aceros.

MARC. ¿Y decís que Margarita puede salvarse aun?

GERM. Si: yo puedo... solo yo; ¡pero Dios nos abandona!... Ni un amigo...

ESCENA IV.

DICHOS y GUSTAVO.

GUST. (Entrando súbitamente.) ¿Cómo se entiende? ¿Pues y yo?...

MARC. ¡Gustavo!

GERM. ¿Tú aquí?

GUST. Yo, que me he metido en la cabeza que os he de librar. Y cuando á mí se me pone una cosa entre ceja y ceja...

MARC. ¿Cómo has podido?...

GUST. El conserje de la casa es amigo mio; me habia ofrecido su proteccion... y héteme aquí hecho nada menos que un señor calabocero de la Bastilla. Al tomar posesion de mi destino me he dicho: «Vamos á hacer una visita al señor conde y á llevarle un regalillo para que se distraiga.»

GERM. ¡Algun libro!

GUST. No; un rosario. Mirad. (Le entrega una cuerda con nudos, que saca de bajo su traje.)—No hay mas que un piso de altura desde el foso. Á la derecha hallareis abierta una poterna que conduce fuera de la fortaleza...

GERM. ¿Y ese centinela?...

GUST. Cachaza. Á las nueve entra de relevo otro de toda mí confianza. Un jovial camarada con quien me he puesto ya de acuerdo.

MARC. ¿Y la consigna?

GUST. ¿La consigna? La cumplirá.

GERM. Hará fuego...

GUST. Por supuesto: eso es de rigor. Pero apuntará á la luna. Con que... alerta, y en cuanto releven...

GERM. ¡Oh, gracias, gracias, Gustavo! (Le alarga la mano.)

MARC. Mi buen hermano... (Id.)

GUST. (Estrechándoselas á ambos.) ¡Bah, bah, bah! Hay un Dios para los buenos. (Váse.)

ESCENA V.

SAN GERMAN y MARCELO.

GERM. Manos á la obra. (Se dirige á la ventana.)

MARC. ¿Qué vais á hacer?—Hasta que venga el relevo... (Interponiéndose y quitándole la cuerda.)

GERM. ¡Esperar... esperar una hora! ¡Un siglo de agonia!... ¡Oh, déjame!

MARC. No, no pasareis.

GERM. ¿Olvidas que ella nos espera? ¿Que un minuto de retraso puede ocasionarle la muerte? Dame esa cuerda: el centinela disparará sobre mí, pero no me matará. Recibiré una herida tal vez... ¡pero morir... morir cuando tengo en mis manos la vida de mi hija!... ¿Es eso posible por ventura? Llevo aquí sobre mi corazon la imágen de Margarita: es un amuleto sagrado al que no pueden alcanzar las balas.

MARC. ¿Decís que un minuto basta para perderla?

GERM. Sí.

MARC. Dejadme atar la cuerda: yo saldré el primero.

GERM. ¿Qué dices?

MARC. Yo arrostraré el fuego del centinela, y bajareis en seguida.

GERM. ¡Oh, no! No permitiré que el generoso protector, el único amparo de mi hija se exponga á tal peligro.

MARC. ¿Y si os matan podré yo acaso salvarla? ¿Tengo yo vuestra ciencia? ¿Poseo vuestros secretos?... Ya veis que mi pecho debe serviros de escudo. Dejadme, pues, y si muero, decid á Margarita que salvé á su padre. (Se dirige á la ventana; San German quiere estorbárselo y en tanto se presenta Pietri.)

ESCENA VI.

DICHOS y PIETRI.

GERM. ¿Qué veo? ¡Pietri!

PIET. El mismo soy, señor Conde.

MARC. ¿Qué buscais aqui?

GERM. ¿Conoces á ese hombre?

MARC. Sí: es el que os acusaba y excitaba al pueblo contra vos gritando desaforadamente: «¡Muera el envenenador, muera el asesino!»

GERM. ¡Él! ¿Y te atreves á ponerte ante mí?

PIET. Para estorbar que cometais otro crímen realizando vuestro proyecto de evasion.

GERM. ¡Miserable! Tenias razon en llamarme asesino, pues voy á matarte. (Recoge la espada que rechazó y marcha sobre él.)

PIET. (Amartillando una pistola.) ¿Quereis un duelo? Corriente. Cada cual usa sus armas, señor conde. (Le apunta y dispara, pero no prende mas que el cebo.) ¡Maldicion! (Acosado por San German se dirige á la puerta, y hallándola guardada por Marcelo corre á la ventana.) ¡Favor... socorro!—¡Ah, esa ventana!... ¡Á mí, centinela, á mí!—¡Ah! (Se oye una detonacion, Pietri dá dos pasos hácia atrás y cae muerto.)

GERM. Dios le ha castigado y nos favorece.—Pronto, Marcelo. (Arranca un hierro de la reja, ata la cuerda en otro y empieza á descolgarse.) El centinela vuelve á cargar: dáte priesa. (Desaparece.)

MARC. (Descolgándose.) Corred vos. Margarita os espera. (Desaparece.)

ESCENA XII.

PIETRI, tendido, y GUSTAVO con una linterna.

GUST. Ha sonado un tiro... ¿Qué veo? ¡Un hombre muerto! ¡Calla!... si es el zorro que quiso sonsacarme. . ¿Á ver, á ver?... (Empieza á registrarle y se oye otra detonacion.) ¡Gran Dios! (Corre á la ventana) ¡Ah! Los veo allá abajo. ¡Se han salvado! ¡Se han salvado! (Vuelve á registrar á Pietri y cae el telon.)

CUADRO SEGUNDO.

Lujoso gabinete en casa de la Marquesa. Al foro y en su centro, un balcon con las vidrieras entornadas, y á ambos lados consolas con espejos, jarrones con flores, varios frascos y candelabros con bujias encendidas. Á la derecha la puerta de entrada. Á la izquierda otras dos, y en medio de estas una chimenea encendida. Junto á ella un velador, sobre él una luz y un libro, y al lado un sillon. Silleria y demas mueblaje de la época.

ESCENA PRIMERA.

La MARQUESA sola, junto á la puerta en ademan de escuchar.

¡Nada! ¡Cuánto tarda Pietri! ¿Qué le habrá sucedido?... ¡No puedo dominar mi ansiedad! Este silencio sepulcral me aterra. Siento un frio glacial y al propio tiempo me ahogo. (Se dirige al balcon y retrocede deslumbrada por un relámpago.) ¡Jesus! Hasta los elementos parecen conjurarse para aumentar mi sobresalto. (Mirándose al espejo.) ¡Qué pálida estoy! (Se oye lejana la tempestad.) ¡Ah! ¡Esto es espantoso! (Se sienta en el sillon, coge el libro y lee.)

«No busqueis en la opulencia
»ni en festines bullidores,
»ni en grandezas ni en honores
»la ventura ni la paz.
»Se hallan solo en la conciencia,
»la familia y el cariño;

»en el beso con que un niño
»acaricie vuestra faz.»

(Deja caer el libro y se levanta.)

¡Ah! ¡Y yo desprecié esa felicidad! ¿Y por guardar mi secreto pude resolverme?... ¡Qué horror! (Repetidos relámpagos.) ¡Oh! ¡Tengo miedo!—Esta vez no me equivoco... Siento pasos. (Se dirige al balcon. Óyese un trueno espantoso, ábrense á la par y con estrépito las vidrieras y aparece en el balcon el conde de San German.)

ESCENA II.

La MARQUESA y SAN GERMAN.

MARQ. ¡Oh, Dios! ¡Él! ¡Siempre ese hombre! No os acerqueis. Dejadme, dejadme. (Quiere huir por la puerta derecha, y San German se lo estorba.)

GERM. No: no saldreis.

MARQ. ¡Hola! ¡Mis gentes!

GERM. No deis voces si no quereis obligarme á poneros una mordaza. Os tengo en mi poder, y no os suelto hasta dejar cumplida mi mision.

MARQ. ¿Qué me quereis, señor conde?

GERM. ¡Maria! En otro tiempo me llamabas Leoncio.

MARQ. ¡Leoncio! (Con terror.)

GERM. ¿Dónde está esa jóven? Responde: ¿qué has hecho de ella?

MARQ. ¡Ah! Todavia soy fuerte. Te tengo aun sujeto por medio de esa muchacha.

GERM. ¿Dónde la ocultas? Quiero saberlo, y lo sabré.

MARQ. ¡Jamás!

GERM. ¿Jamás? Es que no os lo dije todo anoche, señora. Si os presentasen una carta firmada por Reinaldo á la hora de su muerte...

MARQ. ¿Reinaldo ha escrito?!

GERM. Si vuestras horribles órdenes no hubiesen sido ejecutadas sino á medias...

MARQ. ¿Cómo?

GERM. (Sacando una carta.) Escuchad.—«Próximo á comparecer »ante el tribunal de Dios, quiero, si aun es tiempo, »remediar en parte el daño que he causado á una ino»cente criatura. Encargado por su madre de dar muer-

»te á vuestra hija, huí despavorido al ver correr su »sangre de una leve herida que hice con trémula mano »en su brazo derecho.»—¡Hasta los asesinos tienen en»trañas, señora!—«Poco despues, ví que la niña era »recogida por un honrado artesano que la ha educado »como á hija suya, y vive...

MARQ. ¿Que vive? No: no puede ser.

GERM. ¡Maria! ¿No has reparado una cicatriz en el brazo derecho de la pobre ciega?

MARQ. ¿Qué dices?

GERM. Digo que Dios te ha colocado en frente de tu hija, y que tú has querido privarla de su único apoyo convirtiéndote en rival suya.

MARQ. ¡Yo rival de mi hija! Imposible. Esa carta... (La arrebata de manos de San German, la recorre con la vista despues de mirar la firma y lee á continuacion con voz entrecortada.) «Esta niña ha recibido el nombre de Margarita...»—¡Hija mia! (Deja caer la carta.)

GERM. Dime pronto: ¿dónde está?

MARQ. (Llamando.) ¡Pietri! ¡Pietri!

GERM. ¡Vamos, Maria!

MARQ. ¡Pietri!

GERM. ¿Qué le quieres?

MARQ. Que nos diga dónde está mi hija. Solo él lo sabe.

GERM. ¡Desgraciada! Ese hombre ha muerto.

MARQ ¿Quién le mató?

GERM. Dios.

MARQ. ¡Ah! Tu hija es perdida... porque yo... yo ignoro su paradero. Yo no sé nada.

GERM. Maldígate el cielo.

MARQ. ¡Piedad! Harto cruel es el castigo que me dá. ¡Oh! ¡Hallar á una hija... y perderla!... ¡Compasion!

GERM. No. Me perteneces en vida y en muerte. Mírame bien. Soy un precito como tú. Ven, ven á sumirte conmigo en el abismo.

MARQ. ¡Ah! (Pugna por desasirse de San German, y cae desplomada tras del sillon.)

ESCENA III.

DICHOS y MARCELO.

MARC. (Desde dentro.) ¡Señor Conde!
GERM. ¡Ah, Marcelo!... Aqui estoy.
MARC. (Entrando precipitadamente por la segunda puerta de la izquierda con un estuche.) ¿Es esto lo que me habeis pedido?
GERM. Sí; pero ya es inútil.
MARC. ¿Ha muerto?
GERM. No lo sé. Nada he podido descubrir. El encargado de ocultarla, el único que nos podia decir dónde está mi hija, no existe ya.
MARC. ¿Quién?
GERM. El infame que viste caer en mi prision.
MARC. ¡Oh!—¿Y la Marquesa?...
GERM. Ningun indicio supo darme á pesar de que, para obligarla, le revelé todo el secreto. Mírala.
MARC. ¡Justo Dios!
GERM. Ayúdame á incorporarla. (La sientan en el sillon.) Quédate con ella mientras corro yo á registrar todos los rincones. ¿Traes la llave de la escalera secreta?
MARC. Tomadla.
GERM. Socorre como puedas á esa desgraciada, y si vuelve en sí obsérvala; pero sin que te vea.
MARC. Descuidad, y no perdais un momento. (Váse el Conde por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

MARCELO y la MARQUESA, luego DUBOIS.

MARC. ¡Helada está su frente! ¡Apenas respira! Y ni un vaso de agua...—¡Ah! Estos frascos... (Yendo á examinar los que hay sobre las consolas, coge uno de ellos y se lo hace aspirar.)—¡Nada!—¡Oh! Es imposible que ella ignore dónde se halla mi pobre Margarita. ¡Que vuelva en sí, Dios mio! ¡Que vuelva en sí, ó guia tú los pasos del conde!—Creo que empieza su tez á humedecerse... Si; vá recobrando el calor...
MARQ. (Con letárgica opresion.) No quiero... no quiero... suelta...

mátame mas bien, pero aparta... déjame... ¡Ay! (Exhala un prolongado suspiro. Marcelo se recata y luego se oculta tras de la segunda puerta de la izquierda.) ¡Ay mis sienes!— ¿Pero qué me ha sucedido á mí? ¡Estoy sola!... ¡No hay nadie!... Hubiera jurado...—¡Oh, qué horrible pesadilla!... (Viendo en el suelo la carta de Reinaldo.) ¡Ay, no, que es la realidad, mas horrible aun! ¿Y Leoncio... dónde está?... ¿Por dónde vino?... Yo deliro sin duda. (Recoge y lee la carta.) No, no: mi desdicha es positiva.— ¡Infeliz hija mia!—Esta incertidumbre me mata.— (Acercándose á la puerta de la derecha.) ¡Dubois!—Quiero salir de dudas... Es preciso que yo averigüe...

DUB. ¿Qué mandais, señora?

MARQ. ¿Aun no ha vuelto Pietri?

DUB. No, señora.

MARQ. Manda que enganchen inmediatamente mi carroza y monten á caballo dos pajes con antorchas. Voy á salir. Avísame tan luego como se halle todo dispuesto. (Vánse, Dubois por la puerta de la derecha y la Marquesa por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

MARCELO, en seguida SAN GERMAN y luego GUSTAVO y DUBOIS.

MARC. ¡Nada sabe!... ¡Murieron mis esperanzas! Y el conde no vuelve... La impaciencia me devora.—¡Ah! Aqui viene. (Yendo á su encuentro.) Y bien... ¿habeis logrado?

GERM. Nada. En vano he visitado hasta los subterráneos: no la encuentro.

MARC. ¡Ah!

GERM. ¿Y esa mujer?

MARC. Me he convencido de que no está mejor enterada que nosotros. Ahí entró despues de mandar que dispongan su carruaje. Quiere salir á informarse.

GERM. Es preciso estorbarlo á toda costa.

MARC. ¿No ois ese rumor?

GUST. (Dentro.) ¡Déjame, Dubois!

MARC. Es la voz de Gustavo.

GUST. (Id.) ¿Que no?... No seas tonto, Dubois. Te digo que entraré por cima de todos los guacamayos habidos y por haber.

DUB. Lo veremos. (*Entran luchando.*)

GERM. ¡Silencio!

DUB. ¡Uy! (*Santiguándose.*)

GERM. Márchate.

DUB. Tengo que avisar á la señora Marquesa que el coche la espera.

GERM. ¡Ay de tí si lo intentas ó permites que otro lo verifique!

DUB. Perdonad... Yo no sabia... Podeis estar descuidado, que nadie...

GERM. Bien está. Véte ya.

DUB. (¿Cómo se ha escapado?... ¡No hay duda, es el demonio!) (*Váse.*)

GUST. ¡Uf! ¡Lo que me ha costado llegar hasta aquí!

GERM. ¿Qué traes?

GUST. Dejadme tomar aliento.

MARC. ¡La hemos perdido, hermano!

GUST. Al contrario, la hemos hallado.

GERM. ¿Qué dices?

GUST. Al oir el primer tiro del centinela corrí á vuestro calabozo, y viendo al sustituto que en él dejasteis (¡buena maula!) no pude, á fuer de buen calabocero, resistir á la tentacion de requisarle.

MARC. ¿Y qué?

GUST. Que le encontré en un bolsillo esta llave y esta apuntacion para los perillanes que debian enterrar á mi pobre señorita. (*Entrega al Conde ambas cosas.*)

GERM. (*Despues de leer el papel, con gozo.*) ¡Ah! ya sé...—¡Tú nos salvas! (*Le estrecha en sus brazos.*)

GUST. ¡Y vos me ahogais, canario! Ya os lo dije yo... ¡Hay un Dios para los buenos!

MARC. Pronto, señor conde.

GERM. Voy volando. Cuidad vosotros de que nadie venga por ese lado. (*Váse por la segunda puerta de la izquierda.*)

GUST. Bueno, bueno. Cabalmente me pinto yo solo para eso. (*Campanillazo en el cuarto de la Marquesa.*)

MARC. Vamos, pues. (*Vánse por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

La MARQUESA, con traje de abrigo, y MARGARITA.

MARQ. ¿Dubois!—¿Qué pasa aqui? ¿Nadie responde?) (Váse por la puerta de la derecha.)

MARG. (Apareciendo en la segunda puerta de la izquierda. ¿Quién seria aquel hombre que me condujo hasta aquí y me dijo: «sigue adelante?»—¡Oh, Dios! ¿Qué es esto que me hiere los ojos y á la par me extasia de placer? Ya recuerdo... El conde... ¡Esto es la luz! ¡Qué hermosa! Así debe ser el cielo. ¡Dios mio, Dios mio! ¡Cuán infelices son los que privaste de la vista!—¡Ay! ¡Las flores! ¡Qué maravilla! Su forma es aun mil veces mas grata que el suave aroma que difunden.—Bendito seas, Señor. ¡Si tan bella es tu creacion en los seres inanimados, cuáles no serán los que formaste á semejanza tuya! Pero, ¿y Marcelo... y mi bienhechor... dónde estan? Quiero verlos.—¡Marcelo! ¡Señor conde! (Váse por la primera puerta de la izquierda.)

MARQ. (Saliendo despavorida.) ¡Atrás! ¡Atrás! No me persigais, airados fantasmas, no me tormenteis con vuestras terribles miradas.—¡Oh! Tengo miedo de verme sola, y no me atrevo á cruzar esas oscuras galerias... No sé qué sombras he visto en ellas. Una sobre todo: tenia la misma expresion de Marcelo cuando me reclamaba su amada.—¡Ah, hija mia! Hasta las paredes creo que me amenazan. Es justo, sí: yo, yo te he dado muerte dos veces.—¡Margarita! ¡Margarita!

MARG. ¿Quién me llama?

MARQ. ¡Ah! (Cayendo de rodillas con un grito desgarrador.)

MARG. ¿Fuisteis vos?

MARQ. ¡Se dirige á mí! ¡Me vé! ¡Perdon, perdon!

MARG. ¿Quién sois? ¿Qué me quereis?

MARQ. Mírame á tus plantas humillada... pero huye, huye por piedad. Confieso mi crímen. Yo fuí quien te rechazó. Yo fuí la que...

MARG. ¡Ah! ya recuerdo... ¡Vos sois la Marquesa! Sois la enemiga despiadada...

MARQ. ¿Yo tu enemiga? ¡Oh! si supieras .. si pudieses comprender... (Le coge una mano.) ¡Oh, Dios! Esta mano...

¡No está helada! ¿Viva? ¡Está viva! ¡Gracias, gracias, Señor! Y tú, perdon, perdona á tu madre.

MARG. (*Huyendo de ella.*) ¡Vos! ¿vos mi madre?

MARQ. ¡Ay!

MARG. ¡Mi madre ha muerto, señora! Si fuerais vos mi madre, ¿hubieseis querido arrebatarme mi único bien?... ¿mi amor? ¿Puede acaso una madre asesinar á su hija?

MARQ. ¡Oh! No sabes el daño que me haces. Muévate á compasion el llanto que vierten mis ojos. No me maldigas.

MARG. Yo no sé maldecir.

MARQ. ¿Qué escucho? ¿Me perdonarias?...

MARG. Os perdono.

MARQ. ¿Y me dejarás llamarte hija mia?

MARG. ¿Vos? ¿Qué diria entonces mi santa madre?

MARQ. ¡Oh! Esto es demasiado. Enorme fué mi delito, pero el castigo es mayor. ¡Renegada por una hija! No puedo... no puedo... Yo fallezco.

MARG. ¡Cielos! ¡Ese cambio repentino! ¡Socorro! (*Acuden presurosos San German por la segunda puerta izquierda, y Marcelo por la puerta derecha.*)

ESCENA VII.

DICHAS, SAN GERMAN y MARCELO.

GERM. y MARC. ¿Qué sucede?

MARQ. (¡Ellos!!)—No... no es nada... Un ligero vahido que ya pasó.

MARG. (*Despues de mirar alternativamente á San German y Marcelo, se dirige á este tendiéndole la mano.*) ¡Marcelo!

GERM. (¡Pobre padre! ¡No has sido tú el primero!)

MARG. ¡Oh! Estoy segura de que no me engaño. Os veo tal cual os habia adivinado mi corazon.

MARC. (*Mostrándole á San German, y haciéndola pasar junto á él.*) ¡Margarita!

MARG. ¡Ah, señor conde!

GERM. (*Muy conmovido.*) Vas á partir, hija mia. Vas á alejarte de este pais en que tan desgraciada fuiste. La patria es la presencia de los que nos aman. Marcelo no se apartará de tu lado.

MARG. ¿No venis con nosotros?

GERM. Imposible. Razones poderosas, que Marcelo aprueba, me lo impiden. No me olvides, hija mia; y si oyeres algun dia maldecir, escarnecer el nombre del conde de San German, no des crédito á sus detractores; no le aborrezcas tú. Acuérdate de que te ha amado como un padre, y que ha llorado al darte su primero, su último beso. (Besándola en la frente.)

MARG. ¡Oh! Podeis estar seguro de que á todas partes os seguirán mis plegarias y bendiciones.

MARQ. (Espero, señor conde, que no querreis separarme así de mi hija.)

GERM. (¿Qué pretendeis, señora? Dios no concede á las madrastras la satisfaccion de bendecir á sus hijos.)

MARQ. ¡Oh! yo no puedo consentirlo. Margarita: no partirás... Yo no quiero que te alejes... Yo soy tu madre.

MARG. ¿Otra vez?...

GERM. No le hagas caso. Esa pobre mujer está loca.

MARQ. ¿Yo loca?

GERM. (Cogiéndole ambas manos y subyugándola con la mirada.) Sí: estais loca. Vos sois la Marquesa Appiani: sois la favorita...

MARQ. ¡Ah! callad, callad.

GERM. La cortesana.—La madre de Margarita está en el cielo, y vos...—¿Os convenceis de que estais loca? ¡Confesadlo, señora!

MARQ. ¿Loca... loca?... ¡Já, já, já! Sí, sí... Tu padre tiene razon.

MARG. ¡Mi padre!...

GERM. Te digo que su mente se extravia.

MARQ. Sí, sí: estoy loca, pero ese es tu padre, y yo...—Yo no, yo no; yo no soy tu madre... Yo soy... ¡Já, já, já!... (Mira vagámente á los que le rodean como si le fueran desconocidos, y suelta un carcajada prolongada.)

MARG. ¡Oh, Dios!

GERM. (Observandola.) Esa mirada...

MARQ. (Deshojando un ramo que esparce por el suelo.) Mi hija... mi hija ha muerto. Ahí está.

GERM. ¡Qué he hecho yo!

MARG. ¡Infeliz!

MARQ. Yo... yo la maté... la maté dos veces... ¡Já, já, já... y sin embargo vive! ¡Já, já, já!.... (Otra carcajada mas vio-

lenta que la primera, que termina cayendo en el sillon completamente postrada.)

GERM. (Aterrado.) Loca está. ¡Oh! Dios castiga.

MARG. No, no. Dios perdona. Imploremos su misericordia. (Se arrodilla junto á la Marquesa, San German abismado se echa en brazos de Marcelo. Cuadro.)

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada, si se hacen las ligeras supresiones atajadas en la escena IX del primer acto, y III del segundo.
Madrid 1.° *de Febrero de* 1861.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

NOTA. *Quedan hechas las supresiones que marca la censura.*

EL AUTOR.

drid en 1818.
drid á vista de pájaro.

gro y Blanco.
nguno se entiende, ó un hombre tímido.
bleza contra nobleza.
es todo oro lo que reluce.

impia

opósito de enmienda.
scar á rio revuelto.
r ella y por él.
ra heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
r la puerta del jardin.
deroso caballero es D. Dinero.
cados veniales.

ue convido al Coronel!...
uen mucho abarca.
né suerte la mia!
uién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

ngélica y Medoro.
mas de buena ley.
cual mas feo.

aveyina la Gitana.
upido y Marte.
éfiro y Flora.

Siscnando.
oña Mariquita.
on Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

l doctrino.
ensayo de una ópera.
l calesero y la maja.
l perro del hortelano.
n Ceuta y en Marruecos.
l leon en la ratonera.
l último mono.
nredos de carnaval.
l delirio (drama lírico).
l Postillon de la Rioja (*Música*)

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

La Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, rto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.	Lugo	Viuda de Pujol.
Albacete	Perez.	Mahon	Vinent.
Alcoy	Martí.	Málaga	Taboadela.
Algeciras	Almenara.	Idem	Cañavate.
Alicante	Ibarra.	Mataró	Abadal.
Almeria	Alvarez.	Murcia	Hered. de Andrion.
Avila	Palomares.	Orense	Robles.
Badajoz	Rino.	Orihuela	Berruezo.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.	Osuna	Montero.
Idem	Cerdá.	Oviedo	Mántaras.
Bejar	Coron.	Palencia	Gutierrez é hijos.
Bilbao	Astuy.	Palma	Gelabert.
Burgos	Hervias.	Pamplona	Barrena.
Cáceres	Valiente.	Pontevedra	Verea y Vila.
Cádiz	V. de Moraleda.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Cartagena	Muñoz Garcia.	Reus	Prius.
Castellon	Perales.	Ronda	Gutierrez.
Ceuta	Molina.	Salamanca	Huebra.
Ciudad-Real	Arellano.	San Fernando	Meneses.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.	Sanlúcar	Esper.
Córdoba	Lozano.	Santa Cruz de Tenerife	Power.
Coruña	Garcia Alvarez.	Santander	Laparte.
Cuenca	Mariana.	Santiago	Escribano.
Ecija	Garcia.	San Sebastian	Garralda.
Ferrol	Taxonera.	Segorbe	Mengol.
Figueras	Bosch.	Segovia	Salcedo.
Gerona	Dorca.	Sevilla	Alvarez y Comp.
Gijon	Crespo y Cruz.	Soria	Rioja.
Granada	Zamora.	Talavera	Castro.
Guadalajara	Oñana.	Tarragona	Pujol.
Habana	Charlain y Fernz.	Teruel	Baquedano.
Haro	Quintana.	Toledo	Hernandez.
Huelva	Osorno.	Toro	Tejedor.
Huesca	Guillen.	Valencia	Moles.
I. de Puerto-Rico	Mestre.	Valladolid	H. de Rodriguez.
Jaen	Idalgo.	Vigo	Fernandez Dios.
Jerez	Alvarez.	Villan.ª y Geltrú	Creus.
Leon	Viuda de Miñon.	Vitoria	Galindo.
Lérida	Sol.	Ubeda	C. Treviño.
Logroño	Verdejo.	Zamora	Fuertes.
Lorca	Gomez.	Zaragoza	V. de Heredia.
Lucena	Cabeza.		